

Prólogo

DOI: <https://doi.org/10.5377/koot.v1i19.22169>

URI: <https://hdl.handle.net/11298/1438>

Para escribir este prólogo, me tomé el tiempo de investigar un tema que resulta éticamente inquietante para diversos sectores de la vida social y productiva del país: la inteligencia artificial (IA). Si bien es una herramienta que facilita el acceso a la información para el desarrollo de actividades y el aprendizaje personal, también existe el temor de que desplace al ser humano en sus funciones laborales.

Tras analizar cómo la IA procesa datos de fuentes públicas —como sitios oficiales y publicaciones académicas— y de servicios privados cuando se le concede acceso, he llegado a la siguiente conclusión: solo el ser humano es capaz de producir o crear conocimiento.

Por lo tanto, la inteligencia artificial no es un ente autónomo con conciencia propia, sino un reflejo sofisticado de la inventiva humana; una extensión de nuestras manos, pero nunca de nuestra alma. Mientras los algoritmos operan en la frialdad de la lógica y la estadística, el ser humano habita el terreno de la intuición y el propósito. Una máquina puede combinar millones de datos para estructurar un verso, pero carece del duelo o la alegría que motivan la escritura; puede calcular una trayectoria, pero no comprende el valor del esfuerzo. La generación de saberes es un atributo exclusivo que emana de nuestra capacidad para comprender, interpretar y dotar de sentido al mundo, integrando vivencias, razonamiento y cultura en una sabiduría que orienta nuestras decisiones.

En última instancia, la tecnología debe ser entendida como un ecosistema al servicio de nuestra voluntad. El verdadero peligro no radica en que las máquinas piensen como nosotros, sino en que nosotros olvidemos que nuestra esencia radica en aquello que es imposible de codificar: la

ética, el asombro y esa chispa divina de creatividad que nos permite ver donde otros solo cuentan. Somos, y seguiremos siendo, los arquitectos del sentido en un mundo inundado de datos.

Es fundamental recordar que nuestra semejanza con el Creador reside en esa capacidad creativa que, hasta la fecha, es ajena a las máquinas. Bajo esta premisa, considero que la generación de información académica y científica es un don privilegiado que debemos potenciar, estimular y preservar. Cada tesis, ensayo o informe fruto de la investigación humana posee un valor incalculable; es, de hecho, el sustrato vital que la propia IA requiere para ofrecer respuestas asertivas ante cualquier consulta especializada.

Partiendo de esta reflexión, me genera una profunda satisfacción presentar el número 19 de la Revista de Museología Kóot, del Museo Universitario de Antropología. Esta edición reúne siete investigaciones y ensayos que aportan conocimiento confiable, verificable y con rigor académico, listos para ser descubiertos tanto por nuestros lectores como por los motores de búsqueda que indexan nuestro sitio web en la Universidad Tecnológica. En una era saturada de desinformación y datos carentes de rigor, hacer ciencia es un desafío creciente. No obstante, la revista Kóot reafirma su compromiso de producir conocimiento auténtico. Al hacerlo, garantizamos nuestra propia vigencia: mientras sigamos creando, la inteligencia artificial tendrá una fuente de verdad a la cual acudir; el día que dejemos de producir conocimiento, las máquinas perderán su capacidad de responder con acierto.

Lcdo. Carlos Reynaldo López Nuila
Vicepresidente
Universidad Tecnológica de El Salvador